

LAS DIVERSIONES PUBLICAS EN COSTA RICA: 1850-1950

M.Sc. Patricia Fumero

En este trabajo elaboramos una síntesis de las diversiones públicas en Costa Rica, durante el período comprendido entre 1850 y 1950. Estudiaremos el papel que ejercieron las diversiones públicas en la introducción de nuevas pautas de comportamiento en la sociedad costarricense. A la vez, analizaremos los mecanismos que las elites utilizaron para así poder impulsar el cambio hacia patrones de comportamiento más acordes con los procesos y valores modernos¹. Nuestra atención se centrará en San José, eje político y cultural del país.

Dado que nos interesa brindar una visión de conjunto de las diversiones públicas, no analizaremos los problemas que ellas plantean, sino que más bien trazaremos las pautas generales del período. En términos generales, las prácticas culturales son similares en el Valle Central, pero encontramos variantes importantes en zonas étnica y culturalmente diferentes como son Limón y Guanacaste. A pesar de las similitudes no podemos generalizar la forma en que se manifestaron las diversiones públicas en todo el país o en la totalidad del período.

Entenderemos como diversiones públicas, las diferentes manifestaciones culturales y el espacio utilizado por los diversos sectores sociales para el esparcimiento, tanto espiritual como intelectual y físico. En estudios anteriores hemos mostrado cómo estas han sido apoyadas por las políticas estatales, a la vez que en el período en estudio encontramos un cambio en las diversiones públicas privilegiadas por las clases hegemónicas, hacia otras actividades consideradas como «cultas», y hacia los deportes modernos como el hipismo, el ciclismo y el fútbol. Además, prácticas culturales tradicionales como son los turnos y los toros, se complementaron con actividades y espectáculos modernos.

Escogimos este período por ser representativo del tránsito de la Costa Rica republicana a la Costa Rica moderna y liberal. A partir de 1850, con las primeras exportaciones de café, Costa Rica consolidó su inserción formal en el mercado mundial, y como consecuencia del cambio paulatino, se conformó un nuevo orden social. Después de esta década, la burguesía cafetalera tomó el mando de la economía y de la política del país, proceso interrumpido por la llegada de los liberales al poder a partir de la década de 1870, con ello se produce un cambio en el control hegemónico de la sociedad, el cual se basó en directrices formuladas por las elites nacionales y la aparición, a partir de la década de 1930, de nuevos sectores que redefinirán el rumbo que tomó el desarrollo político y social costarricense.

1. LAS DIVERSIONES PUBLICAS EN SAN JOSE: 1850-1914

La llegada al poder de Juan Rafael Mora Porras en 1850, propició un cambio cualitativo en la sociedad costarricense. El proceso de modernización iniciado en esta década culminó a fines del siglo XIX, con la consolidación de una nueva nación: la costarricense. De esta forma el crecimiento de San José no se limitó al desarrollo de servicios y comercio, sino que promovió el despliegue de una cultura urbana. En efecto, los habitantes de la



Grabado de Jorge Crespo, 1989.

ciudad ampliaron sus espacios de ocio y diversiones, de las clases de dibujo y baile a las funciones de teatro, diversificando la vida cultural de sus ciudadanos. La introducción del baile en sitios públicos y privados, como una forma de esparcimiento, implicó un cambio en los patrones culturales costarricenses en general. Ello supuso cambios en los hábitos del vestuario, del comportamiento y el aprendizaje de una nueva ritualidad netamente cortesana, además de la participación cada vez mayor de diferentes sectores de la sociedad en clases especializadas de baile y de música. De la misma forma se introdujeron nuevos estilos de decorado de estos espacios. En este aspecto fueron determinantes los artistas extranjeros, quienes además de impartir clases y hacer retratos de aquellos que pudieran pagar sus tarifas, decoraron los salones oficiales y las casas de habitación.

La actividad teatral fue determinante en la política y en la sociedad, al abrir un espacio de sociabilidad en el cual se discutió acaloradamente de política y se utilizó para la promoción de las «niñas». En este período el Teatro Municipal fue el principal centro de sociabilidad de los pobladores del Valle Central. A partir del terremoto de 1888 y la destrucción de este teatro, se inició una polémica en la cual se argüía la necesidad de la construcción de un nuevo y moderno teatro que supliera el vacío cultural que dejó el Municipal, en este contexto se

inaugura, en 1891, el Teatro de Variedades y en 1897 el Teatro Nacional. Así, con la inauguración del Nacional culminó el proceso que se venía gestando desde la administración de Mora Porras. Su planta física ofrecía el espacio idóneo para que esa nueva generación de políticos e intelectuales conjugara la cultura, el esparcimiento y el ocio. De esta forma el Teatro Nacional reflejaba un nuevo proyecto cultural, que mostraba la búsqueda de la secularización de la vida civil, política y cultural del país. El avance de nuevas formas de sociabilidad era una muestra de un cambio en la mentalidad y en la forma cómo se entendía la realidad social y cultural.

Esta fue la pauta que marcó la introducción de nuevas actividades como los gimnasios, los salones de patines y los carruseles, entre otros. La llegada al país de la bicicleta en la década de 1890, introdujo otro símbolo de modernidad en la sociedad costarricense. Así, para 1897, producto de la expansión en el consumo de bicicletas, en los editoriales de la prensa se comenzó a exhortar a la policía para que prohibiera su paso por las aceras dado los constantes atropellos a los peatones. Asimismo, ser propietario de una bicicleta abría la posibilidad de pertenecer al Club de Ciclistas, el cual promovía paseos los fines de semana a diferentes puntos del país².

Las galleras fueron el sitio de reunión favorecido por los diferentes sectores masculinos. En estos sitios se dieron cita los presidentes, ministros y demás figuras públicas, así como comerciantes y los sectores populares en general. Los viajeros destacaron la participación de las elites en este tipo de diversiones, inclusive se llegó a regular la cantidad de dinero, que de acuerdo con su condición socioeconómica podían apostar³. Con el cambio en el concepto de lo «culto» a partir de la década de 1880 encontramos que las galleras perdieron presencia, por considerarse un espectáculo «bárbaro» y sanguinario, no acorde con los nuevos cánones sociales. De allí el traslado de estos sectores a espacios más refinados como el ofrecido por los clubes de elite, asociaciones intelectuales y el teatro. Aún, en 1912, se discutió la preocupación por los efectos nocivos de las galleras sobre el individuo,

al punto que en el Congreso se intentó suprimir nuevamente esta actividad.

Se consideró al turno como la fiesta popular por excelencia, y es una de las diversiones públicas promotora de la sociabilidad e identidad local, aunque generalmente está asociado con las prácticas religiosas. De esta forma, en el turno se combinó lo religioso y lo cívico, siendo aprovechada esta construcción cultural por los políticos, quienes combinaron ambos elementos con estrategia, así se mantenían representaciones alegóricas cristianas u otras estrechamente populares como los bailes, las mascaradas, los juegos de pólvora, las corridas de toros, las iluminaciones, la música y la comida.

Como fruto de los avances económicos y culturales de la época, en San José se presentó el mismo fenómeno que en el resto de América Latina: un despliegue de centros de diversión, esparcimiento y sobre todo de lugares propicios para la sociabilidad de la elite y de sectores urbanos⁴. Se crearon clubes de reunión y recreo de los caballeros, así como clubes de extranjeros y asociaciones profesionales e intelectuales (aproximadamente 46 entre 1880 y 1905). Las damas fundaron sociedades de beneficencia y dedicaron su esfuerzo y tiempo libre a solventar las necesidades de los indigentes y los desamparados, crearon instituciones formales como la Sociedad de Señoras de la Caridad de San Vicente de Paúl (1899), la Junta de Caridad del Hospicio de Huérfanos (1905), la Junta de Caridad del Hospital de Incurables (1905), La Gota de Leche (1913), entre otras.

Al no tener los recursos de los cuales disponía la elite, los artesanos y obreros se asociaron alrededor de sociedades de socorro mutuo como la Asociación Española de Beneficencia (1886), la Asociación Alemana de Beneficencia (1889), la Sociedad Filantrópica Italiana (1890) y la Sociedad de Beneficencia Francesa (1905), o alrededor de sociedades gremiales, como la Sociedad de Artes y Oficios (1889), o algunas otras como la Sociedad de Artesanos de Cartago (1890).

En estas organizaciones se promovió la sociabilidad formal e informalmente, dado que las veladas y los banquetes, como forma de ayuda a los necesitados, consistieron a la vez en puntos de reunión. También las sociedades de música -entre ellas las filarmónicas- ocuparon un lugar importante en el proceso de socialización. Para 1885 estas se oficializaron al constituirse formalmente las filarmónicas de San José y Cartago⁵. A lo largo del siglo XIX las retretas se fueron consolidando como una de las diversiones públicas más populares y regulares, promovidas y fomentadas por el Estado. Para fines del novecientos las presentaciones se efectuaban, normalmente, los martes y los jueves, primero frente al Palacio Nacional, más adelante en el Parque Central y en el Parque Morazán. En la década de 1850 el ejército costarricense contaba con una banda militar rudimentaria y con un profesor de planta. Al calor de estas bandas se fue formando un grupo selecto de jóvenes que más adelante apoyaron la formación de las bandas filarmónicas de las comunidades costarricenses.

Al desarrollo de la cultura urbana se unían la actividad de varios restaurantes, que permanecían abiertos hasta las dos de la madrugada los días de función teatral, y la apertura de nuevos hoteles. La expansión comercial fue apoyada indiscutiblemente por los horarios extraordinarios del Ferrocarril al Atlántico.

Paralelamente a las diversiones públicas en la ciudad crecía la afición por los deportes, el fútbol y el béisbol, tenían cada vez más adeptos. Practicar «sport» o jugar un «match» era importante en el proceso de la creación de una cultura urbana, al punto que se considera que entre 1880 y 1908 se fundaron alrededor de 30 clubes deportivos en San José⁶. Los partidos de fútbol generalmente se llevaban a cabo los fines de semana en la Plaza de la Fábrica (actualmente Parque España, frente al Ministerio de Relaciones Exteriores) y en La Sabana. También durante los fines de semana se podía concurrir a La Sabana y apostar en las carreras de caballos, a la una de la tarde o hacer «pic-nic» en ese mismo lugar⁷.

En la última década del siglo XIX los liberales diseñaron nuevos espacios para ser disfrutados por los «cultos» ciudadanos, el más importante por el impacto social que tuvo, fue el Paseo de las Damas. Este paseo iniciaba en la estación del Ferrocarril al Atlántico, cuyo nuevo edificio se inauguró en 1908, continuaba hacia el oeste por la avenida tercera, luego se pasaba por el recién nombrado Parque Nacional, se proseguía por el costado de la Fábrica de Licores lugar en donde se diseñaron bancas de reposo y, en el punto donde se había erigido el Edificio Metálico⁸ se construyó un conjunto de parques. Este sector de parques se llamó el Parque Morazán.

De la concepción estética romántica de los liberales se desprende la importancia que para ellos tienen la belleza y el ornato, como signos de progreso y modernidad. De esta forma los gobernantes se garantizaban que a los visitantes de San José se les proporcionaran los nuevos cánones de «civilidad». Al ingresar a la ciudad, los costarricenses a la entrada percibían una lección de cívica al contemplar la ejemplaridad que muestra el complejo escultórico del Monumento Nacional y después ingresan a la ciudad en uno de los paseos más bellos que San José tiene.

Una de las diversiones públicas con más auge en este período fue el veraneo. Esta práctica se realizó, especialmente por el apoyo brindado por el Ferrocarril al Atlántico y el cambio en el sistema de transportes. Efectivamente, la empresa ferroviaria estableció tarifas y horarios especiales para los veraneantes, de esta forma la empresa ferrocarrilera pagó publicidad en los principales periódicos, con el objetivo de promocionar los «tours», en especial aquellos cuyo destino era la ciudad de Limón. Las épocas del año que se privilegiaron fueron la temporada de Semana Santa y, fin y principio de año. Los boletos generalmente incluían el uso de las facilidades de la empresa en esa provincia y un paseo en bote por el Río Matina. Además, ofrecieron viajes cortos de ida y regreso a diferentes puntos de su ruta, a la vez que se programaron «pic-nics». El ferrocarril apoyó los turnos de los diversos pueblos que su ruta cubría e inclusive apoyó al teatro al vender boletos de ferrocarril junto con las entradas de las funciones.

Las fiestas cívicas de fin de año tomaron importancia en la última década del siglo XIX. Fue claro el objetivo liberal de consolidar a la capital como el eje político y cultural del país, de esta forma, el tradicional turno a San José, el 19 de marzo, se trasladó para fin de año y se consolidaron en forma de fiestas cívicas nacionales y no josefinas. Con el propósito de lograr mayor participación de los sectores populares se decretaron feriados obligatorios los últimos tres días del año y el Ferrocarril al Atlántico estableció horarios de llegada y salida que coincidieron con el inicio y el fin de las actividades de cada uno de los días de fiesta. Los edificios públicos y privados de la ciudad se engalanaban con gallardetes, iluminación y pintura nueva, entre otros ornamentos, inicialmente por decreto. La ciudad entera se preparaba para recibir a los visitantes a tan próspera y moderna ciudad.

El programa de las fiestas cívicas estaba estructurado de tal forma que se establecieron actividades para ser disfrutadas diferenciadamente. Para unos, bailes de gala en el Teatro Nacional, funciones teatrales especiales, palcos privilegiados en los espectáculos taurinos y retretas de gala. Para otros, bailes en el mercado, la elección de la reina obrera en contraposición con la reina «oficial» de las fiestas, iluminaciones, retretas, cinematógrafo y juegos pirotécnicos, entre otras.



Los toros y los circos fueron otros de los espectáculos populares. Estos generalmente no tuvieron las temporadas preestablecidas. Los circos se instalaron en lotes baldíos de la ciudad y en ocasiones en algunos de los principales parques. En cambio, la plaza de toros se fijó, a fines del siglo XIX, en la Plaza de la Fábrica, luego en la década de 1930 fue trasladada a Plaza González Víquez y actualmente tiene su sede en Zapote.

2. LAS DIVERSIONES PUBLICAS EN SAN JOSE: 1914-1950

Los cambios en el espacio josefino y la aparición de modernos medios de transporte permitieron a los pobladores de los barrios al norte y al sur de la ciudad trasladarse hacia los diferentes centros de entretenimiento. De esta forma podrían disfrutar actividades como los cafés, las sodas y los restaurantes, los clubes, los teatros, los billares, los salones de baile y los parques, entre otras. Además, en este período los costarricenses descubrieron nuevas actividades relacionadas con el desarrollo capitalista y la cultura burguesa: las tiendas de departamento, el cinematógrafo y la radio.

El advenimiento de las tiendas de departamentos y las compras por catálogo marcan el viraje hacia otro modelo de diversiones y el uso del tiempo libre⁹. Es así como, en la consolidación del uso del tiempo libre, basado en la lógica del consumo conspicuo -como elemento, a la vez de diferenciación social e identidad colectiva-, se vislumbra la polarización de los grupos sociales, la proliferación de la burocracia, el cambio en la conformación de los grupos sociales, la consolidación del veraneo y la homogeneización de la moda. Es en esta lógica que un grupo de mujeres utilizaron su tiempo libre comprando, de allí que en los periódicos encontramos cada vez más avisos publicitarios induciendo a adquirir uno u otro artículo, cuyo valor de uso definió el estatus y el grupo social al que se pertenecía. En los comercios se ofrecían accesorios especiales para los eventos públicos más importantes, como era el asistir al teatro, a los bailes, a las

fiestas de independencia, de Navidad o de fin de año, entre otras. Es así como el consumo permitió la elaboración de identidades de los sexos y los diferentes grupos sociales¹⁰.

Otro elemento producto del advenimiento de una nueva lógica en el uso del tiempo libre fue el cinematógrafo. Este se presentó como un signo de los tiempos. El cinematógrafo logró introducirse con éxito en la sociedad a partir de la primera exhibición en 1897, inicialmente con las vistas y luego con los largometrajes, así el costarricense entró en contacto con otras realidades, viajó, conoció modas y presencié las principales guerras mundiales, a la vez que descubrió un universo animal que le era extraño. El cinematógrafo cambió la fisonomía de las ciudades con la construcción de infraestructura apropiada para las presentaciones y con el impulso de servicios paralelos y nuevas formas de diversión. Entre estas destaca la aparición de sodas, los cafetines, las heladerías y los restaurantes, frecuentados a la salida del cine, así como la visita de los rediseñados espacios públicos, el Parque Morazán y el Parque Central. De esta forma, con la expansión del capitalismo y la difusión de la cultura de masas se presenta un cambio cualitativo en los patrones de consumo de la sociedad y se transforma el concepto de diversiones públicas.

Al interior de la nueva lógica de las diversiones y la difusión de los deportes, los grupos dominantes buscaron cambiar las actitudes de los trabajadores e inculcarles una mayor disciplina, efectivamente los deportes se fueron convirtiendo en una de las principales fuentes de identificación, significado y gratificación en la vida de los obreros¹¹. Las agrupaciones deportivas florecieron y apoyaron la formación de nuevos hombres, fuertes, sanos, trabajadores y, sobre todo, disciplinados. El fútbol hace su aparición en Costa Rica en 1896, promovido por algunos jóvenes de la elite que regresaron de Inglaterra, varias décadas después llega a ser el deporte de mayor popularidad en el Valle Central. Para 1912 se formó una «Liga Nacional», en la cual participaron cinco equipos en primera división y tres en segunda, para 1921 había siete clubes en primera y diez clubes en la segunda división¹².

La expansión del fútbol estaba ligada con el desarrollo de los gremios obreros y la identificación de los trabajadores con las diferentes compañías con las que laboraban. En efecto, los patronos de las grandes empresas promocionaron los encuentros deportivos y se convirtieron en las principales fuentes de financiamiento de los partidos y de las asociaciones deportivas.

Las retretas siguieron siendo punto de referencia para la reunión de jóvenes y adultos, pero con la llegada de la radio, la cultura musical se modifica. Así, con la consolidación de la radiodifusión en la década de 1930, la expansión del uso de las vitrolas y el cine sonoro difunden los nuevos ritmos musicales, tales como la rumba, la conga, el tango, la samba, el merengue, el cubo y el bolero¹³. El ingreso de estos nuevos ritmos promueve la aparición de otros centros de diversión popular: los salones de baile.

A pesar que el desarrollo del capitalismo promovió una cultura basada en el consumo individual, el turno -fiesta colectiva por excelencia-, siguió siendo un espacio de sociabilidad importante. Aunque el turno es una actividad asociada con las obras religiosas, su principal atractivo son las actividades colaterales que promueve, como son las comidas, los juegos y las competencias, las rifas y la pólvora¹⁴.

Al efectuar un balance del período comprendido entre 1914 y 1950, encontramos que al consolidarse el consumo de masas y las características propias de este tipo de actividades, el Estado asume una posición menos directiva de las diversiones públicas. El período presenta cambios importantes relacionados con las prácticas populares, entre estos, la prohibición de las peleas de gallos en 1922 -diversión popular por antonomasia-, aunque este tipo de peleas están oficialmente suprimidas, se transgredió constantemente la ley. Este es un caso representativo de las formas propias que van asumiendo las prácticas que escapan del control estatal.

Podemos concluir destacando que el gusto por el

teatro, el veraneo, las peleas de gallos, los toros, el circo, los turnos y las fiestas cívicas de fin y principio de año eran actividades en las cuales participaban los diferentes sectores sociales. Para finales del siglo XIX varias de estas prácticas llegaron a consolidar la infraestructura necesaria para realizarlas, como son los teatros, el frontón, el circo de toros y las galleras. Pese a la jerarquización del consumo cultural, la acción de compartir las mismas diversiones de la elite contribuyó a disolver -en el imaginario colectivo-, la barrera que separaba los diferentes sectores y a mediatizar el conflicto social. El efecto nivelador de las diversiones públicas es determinante, pues llegó a ser una válvula de escape de los sectores populares y contribuyó a consolidar el mito de la movilidad e igualdad social, sin poner en peligro las relaciones de poder existentes. Así, en las diversiones públicas se puede analizar también el elemento simbólico, el cual puede leerse por medio de los entramados sociales que se van generando, o en las simples interrelaciones que se producen mediante la confluencia de actores en el espacio público, con sus propias manifestaciones sociales.

NOTAS

1. Entendemos modernidad desde la perspectiva que manejan Marshall Berman y Jurgen Habermas. Estos dividen la modernidad en tres fases. Primera, desde los inicios del siglo XVI hasta fines del siglo XVIII. En esta fase los hombres no tienen conciencia de que están experimentando la vida moderna. Segunda, a partir de la Revolución Francesa y sus repercusiones en la vida cotidiana, política y económica de la sociedad civil. En esta fase el público aparece. Tercera, a partir de la segunda mitad del siglo XIX y el siglo XX. Aquí tanto el Estado como la sociedad han asumido la modernidad y esta ha dejado de ser una creación de la burguesía. Marshall Berman. **Todo lo sólido se desvanece en el aire** (México, Siglo XXI, 1988), pp. 2-4; Jurgen Habermas, **Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública** (Barcelona, Gustavo Gili Editores, 1994), pp. 172-176.
2. **La Prensa Libre**, 9 de diciembre de 1897, p. 2. «A los ciclistas. Bueno es que la policía prohíba los paseos en bicicleta por las aceras. Antier dos ciclistas que caminaban por la ancha acera que va á la Sabana atropellaron a un niñoito». **Ibidem**, 2 de diciembre de 1897, p. 3. Para ampliar sobre el consumo navideño del

- período 1850-1914, véase: Patricia Fumero. «Viene Noel! La Navidad moderna en San José (1850-1914)». En: Iván Molina y Patricia Fumero. **La sonora libertad del viento. Sociedad y cultura en Nicaragua y Costa Rica** (México, IPGH, en prensa).
3. Aristóteles es el primero en plantear que los sectores inferiores de la sociedad no tienen capacidad para discernir sus necesidades, por ello proponía que los gobernantes debían legislar de tal forma que se les enseñara la razón. Basados en estas premisas de consumo por estratos en el mundo se elabora una legislación en la cual se efectúa un fuerte control social al vigilar las actuaciones de los más «débiles». Basados en estos principios en las diferentes leyes de galleras se determina cuál es el monto máximo que cada grupo social podía apostar. Para ampliar sobre la ideología del consumo, véase, Joyce Appleby. «Consumption in early modern social thought». En: John Brewer y Roy Porter, eds. **Consumption and the world of goods** (Routledge, 1994), pp. 162-173.
 4. Para ampliar sobre los espacios de sociabilidad, véase, Maurice Aghulon. **Historia Vagabunda** (México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1994).
 5. Confrontar con la composición de la compañía de teatro aficionado organizada por Cristian García. **Diario de Costa Rica**, N^o 140 (24 de julio de 1885), pp. 1-2.
 6. Agradezco la información a Víctor Hugo Acuña y Ma. Elena Rodríguez.
 7. La autobiografía de Juan Rafael Morales recrea la función política y el papel determinante de los encuentros futbolísticos en la construcción de una identidad obrera. Véase, Juan Rafael Morales. «Autobiografía». En: **Revista de Historia**, enero-junio 1993, N^o 27 (Heredia, EUNA, 1993), pp. 177-236.
 8. Para ampliar sobre el estudio del Edificio Metálico, véase: Ana Luisa Cerdas y Sandra Quirós. **Centenario del Edificio Metálico** (San José, Comisión Nacional de Conmemoraciones Históricas, 1996).
 9. Michael Miller tiene un magnífico estudio sobre el desarrollo de la cultura burguesa asociado con la aparición de las tiendas de departamentos, véase, Michael Miller. **Bourgeois, Culture and the Department Store, 1869-1920. The Bon Marché** (Princeton University Press, 1981).
 10. Para una primera aproximación en la forma que los avisos van elaborando identidades de género, véase, Patricia Fumero. **Cómo era ser bella en 1932**. Boletín del CIHAC, julio de 1996, pp. 1-3. Para ampliar en el estudio de la forma en que el consumo sirve para elaborar identidades públicas, véase, Joyce Appleby. **Op. cit.**



11. El fútbol promueve valores tales como la hombría y la competitividad, a la vez que permite la formación de identidades locales y nacionales. Para profundizar en la relación entre los deportes y el tiempo libre y la construcción de identidades individuales y colectivas, véase, Norbert Elías y Eric Dunning. **Deporte y ocio en el proceso de la civilización** (México, Fondo de Cultura Económica, 1992).
12. **La Tribuna**, Nº 424 (15-9-1921), p. 2.
13. Juan José Marín, «Me siento REKETEN. Bulbos y ondas musicales en Costa Rica (1932-1949)». En: **Actualidades del CIHAC**, Año 3, Nº 2, setiembre de 1996, pp. 2-4.
14. Para ampliar en el estudio del turno en Costa Rica, véase, Francisco Enríquez. **El turno: un espacio de diversión en Costa Rica (1835-1930)**. Ponencia presentada en el Tercer Congreso Centroamericano de Historia, Universidad de Costa Rica-Universidad Nacional, 1996.